SUPLEMENTO LITERARIO DE PAGINA/12
AÑO V Nº 219
13 • 1 • 2002

RADAR libros



ENTRE MUNDOS

EL 7 DE DICIEMBRE PASADO FUE LA CEREMONIA EN LA CUAL ÉL ANGLO-INDIO NAIPAUL ACEPTÓ EL PREMIO NOBEL. EL VÉRTIGO DE LA REALIDAD POLÍTICA ARGENTINA NOS HABÍA IMPEDIDO, HASTA AHORA, OBSEQUIAR A NUESTROS LECTORES EL DISCURSO QUE EL ESCRITOR PRONUNCIÓ EN LA OCASIÓN.

POR VIDIADHAR SURAJPRASAD NAIPAUL

Esto es inusual para mí. He dado lecturas pero nunca discursos. He dicho a la gente que me pide discursos que no tengo discursos para dar. Puede parecer extraño que un hombre que ha trabajado con palabras y emociones e ideas por cerca de cincuenta años, no tenga unas pocas para decir. Pero cuanto tengo de valor está en mis libros. Con suerte, si tuviera algo nuevo que decir, eso tal vez llegue hasta mí mientras escribo, y me tomaría por sorpresa. Ese elemento de sorpresa es lo que busco cuando escribo. Esta es la manera de evaluar lo que hago, y nunca resulta una cosa fácil de hacer.

Proust ha escrito con gran penetración sobre la diferencia entre el escritor como escritor y el escritor como un ser humano. Uno puede encontrar esta reflexión en *Contra Sainte-Beuve*, un libro armado con sus primeros escritos. Sainte-Beuve, un crítico francés del siglo XIX, creía que para entender a un escritor era necesario saber lo más posible acerca del hombre exterior, los detalles de su vida. Se trata de un método seductor: usar al hombre para iluminar su trabajo. Y puede parecer incuestionable. Pero Proust fue capaz de desestimarlo convincentemente. "Este método de Sainte-Beuve", escribe Proust, "ignora lo que un pequeño grado de autoconocimiento nos enseña: que un libro es el producto de un ser diferente al ser que manifestamos en nuestros hábitos, en nuestra vida social, en nuestros vicios. Si tratamos de comprender ese ser particular, buceando en nuestras profundidades, y tratando de reconstruirlo desde allí, quizás entonces lleguemos a él".

Estas palabras de Proust deberían estar con nosotros cada vez que leemos la biografía de un escritor o la biografía de cualquiera que depende de aquello que llamamos inspiración. Todos los detalles de la vida y las rarezas y las amistades pueden ser develadas para nosotros, pero el misterio de la escritura permanecerá inalterable.

Proust es un maestro en la ampliación feliz. Y quisiera volver a *Contra Sainte-Beuve* sólo por un instante. "En efecto", escribe Proust, "se trata de la secreción del más profundamente interior de los seres, escrita en soledad y para alguien solo, que uno hace público. Lo que uno brinda en la vida privada –en la conversación... o en esos escritos de salón que no son mucho más que una conversación impresa– es el producto de un ser superficial, no aquel interior que uno puede sólo recobrar haciendo a un lado el mundo y el ser que frecuenta ese mundo".

Cuando escribía esto, Proust no había hallado aún el objeto que habría de conducirlo a la felicidad de su gran trabajo literario. He citado sus palabras, antes, en otros lugares, porque ellas definen mi trabajo. Confío en mis intuiciones. Fue así desde el comienzo. He confiado en mis intuiciones para hallar mis objetos de escritura, y he escrito sobre ellos intuitivamente. Tengo una idea cuando comienzo; pero sólo comprendo completamente aquello que he escrito después de unos años. He dicho antes que cuanto tengo de valor está en mis libros. Iré más lejos ahora. Digo que soy la suma de mis libros. Siento que en cada etapa de mi carrera literaria se podría decir que el último libro contiene a los otros.

UNA VIDA, UN MAPA

Ha sido así a causa de mis antecedentes familiares y culturales, al mismo tiempo extremadamente simples y extremadamente confusos. He nacido en Trinidad, una pequeña isla en la boca del gran río Orinoco de Venezuela. Trinidad no es estrictamente Sudamérica, y tampoco estrictamente el Caribe. Fue desarrollándose como una plantación colonial del Nuevo Mundo, y cuando nací en 1932, ésta tenía una población de cerca de 400.000 habitantes. De éstos, 150.000 eran hindúes y musulmanes, casi todos de origen campesino, y casi todos procedentes de la llanura del Ganges.

Ésta era mi pequeña comunidad. El grueso de la inmigración de la India ocurrió en 1880. La gente se comprometía por cinco años a servir al Estado. En el final de ese período se les daría una pequeña porción de tierra, quizás cinco acres, o un pasaje de regreso a la India. En 1917, como consecuencia de la agitación iniciada por Gandhi y otros, este sistema fue abolido. Y quizás por eso u otras razones, la promesa de la tierra o la repatriación no fue cumplida para los últimos en llegar. Esa gente quedó totalmente en la indigencia. Dormían en las calles de Puerto de España, la capital. Yo los veía. Por esa época yo no sabía que habían sido desposeídos –esa verdad me llegó mucho después– y ellos, entonces, no me impresionaban. Esta fue parte de la crueldad de la plantación colonial.

Nací en un una pequeña ciudad llamada Chaguanas, en una isla a dos o tres millas del Golfo de Paria. Chaguanas era un nombre extraño, para deletrear y pronunciar, y muchos entre la población hindú –eran mayoría en el área– preferían llamarla con el nombre de la casta hindú de Chauhan. Tenía 34 años cuando me enteré del verdadero nombre de mi lugar de nacimiento. Vivía en Londres (había vivido en Inglaterra durante 16 años), estaba escribiendo mi noveno libro.

Solía ir al Museo Británico para leer documentos españoles acerca de la región. Estos documentos –recopilados por los archivos españoles– habían sido copiados por el gobierno británico en la década de 1890 en los tiempos de una desagradable disputa de límites con Venezuela. El archivo comienza en 1530 y termina con la desaparición del Imperio español. Había estado leyendo acerca de la tonta búsqueda de El Dorado y la criminal intervención del héroe inglés, Sir Walter Raleigh. En 1595, incursionó en Trinidad, mató a todos los españoles que pudo, y remontó el Orinoco buscando El Dorado. No encontró nada, pero cuando regresó a Inglaterra dijo lo contrario. Para avalar su historia, Raleigh publicó un libro, y por siglos la gente creyó que había encontrado algo. La magia del libro de Raleigh, que es realmente muy difícil de leer, reside en su larguísimo título: *El Descubrimiento del extenso, rico y hermoso imperio de Guiana, y su relación con la gran y dorada ciudad de Manoa (que los españoles llaman El Dorado) y las provincias de Emeria, Aromaia, Amapaia, y otros lugares, junto con sus ríos.* ¡Qué real suena! Pero él apenas había estado en el gran Orinoco.

Y, entonces, como a veces sucede con los hombres de gran confianza en sí mismos, Raleigh fue capturado por sus propias fantasías. Veinte años después, viejo y enfermo, lo dejaron salir de su prisión de Londres para ir a Guiana y hallar las minas de oro que él había dicho que había encontrado. En esta fraudulenta aventura murió su hijo. El padre, en nombre de su reputación, en nombre de sus mentiras, había mandado a su hijo a la muerte. Y entonces, Raleigh, lleno de pena, sin nada por qué vivir, fue enviado a Londres para ser ejecutado.

No pude encontrar más referencias sobre los Chaguanes en los documentos del Museo. Quizás haya habido más documentos sobre ellos en la montaña de papeles del archivo español de Sevilla que los eruditos del gobierno británico perdieron o no consideraron lo suficientemente importantes como para copiar. Lo cierto es que la pequeña tribu de alrededor de mil habitantes –que había vivido



a ambos lados del Golfo de Paria– desapareció tan completamente que nadie en la ciudad de Chaguanas o Chauhan supo nada sobre ellos.

Vivíamos en la tierra de los Chaguanes. Cada día –yo recién había comenzado la escuela– caminaba desde la casa de mi abuela pasando las dos o tres grandes tiendas, la casa China, el Teatro, y las olorosas pequeñas fábricas portuguesas que hacían el barato jabón azul y el barato jabón amarillo en largas barras que eran dejadas afuera para secarse y solidificarse en las mañanas. Cada día yo pasaba ante estas cosas eternamente iguales hacia la Escuela Estatal de Chaguanas. Detrás de la escuela había cañas de azúcar, tierras del Estado subiendo hasta el Golfo de Paria. La gente que había sido desposeída hubiera tenido allí su propio tipo de agricultura, su propio calendario, sus propios códigos, sus propios lugares sagrados. Ellos hubieran seguramente entendido el tipo de alimento usual en las corrientes del Orinoco hacia el Golfo de Paria. Ahora todas sus habilidades y todo lo que concierne a ellos ha sido obliterado.

HABLA, MEMORIA

El mundo está siempre en movimiento. La gente ha sido desposeída en todos lados en algún momento. Pienso que me sentí shockeado en 1967 por este descubrimiento acerca de mi lugar de nacimiento porque no tenía idea sobre ello. Pero ésa era la forma en que la mayoría de nosotros vivíamos en la colonia agrícola, ciegamente. No había ninguna conspiración de parte de las autoridades para mantenernos en esa oscuridad. Pienso que era más simple que el conocimiento no estuviera allí. Ese tipo de conocimiento acerca de los Chaguanes seguramente no fue considerado importante, y no era tampoco fácil de recuperar. Hubo un pequeña tribu y ellos eran aborígenes. Habíamos visto a esa gente –en la enorme tierra que fue llamada BG (Guiana británica)– y ellos eran un especie de broma. Gente que yacía tendida y enferma, conducta conocida por todos los grupos de Trinidad como *warrahoons*. Solía pensar que era una palabra inventada para sugerir gente sin orden. Fue sólo cuando comencé a viajar por Venezuela, en mis cuarenta, cuando comprendí que esa palabra sólo era el nombre de una tribu de aborígenes allí.

Había una vaga historia cuando yo era niño –y ahora esa historia me afecta profundamente– que decía que hace tiempo los aborígenes habían llegado en canoas desde el continente, caminaron a través de la selva en el sur de la isla, y en un determinado lugar tomaron cierto tipo de fruta o hicieron algún tipo de ofrenda, y luego se volvieron a través del Golfo de Paria hasta el estuario del Orinoco. El rito debió haber sido de suma importancia para haber sobrevivido a través de cuatrocientos años después la extinción de los aborígenes en Trinidad. O quizás, aunque Trinidad y Venezuela tengan una misma flora, ellos sólo hayan venido por un tipo especial de fruta. No lo sé. Y ahora toda la memoria se ha perdido; y ese sitio sagrado, si existió, se ha vuelto un lugar común.

El pasado es el pasado. Pienso que esa fue la actitud general. Y nosotros, hindúes, inmigrantes desde la India, tuvimos esa actitud hacia la isla. Nosotros vivíamos una vida en su mayor parte ritualizada, y ya no había nadie competente en esas creencias, del cual comenzar a aprender. La mitad de nosotros en esas tierras de chaguanes pretendíamos –quizás no pretendíamos, quizás sólo sentíamos, nunca formulándolo como una idea– que habíamos traído una especie de India con nosotros, que podíamos desplegar como una alfombra en el llano de la tierra.

La casa de mi abuela en Chaguanas tenía dos partes. La del frente, de ladrillo y yeso, estaba pintada de blanco. Era como una especie de casa de la India, con una gran terraza con barandas en el piso de arriba, y un salón para la plegaria en el piso de abajo. Era ambiciosa en sus detalles de decoración, con lotos en la base de los pilares y esculturas de los dioses hindúes, todo realizado por gente que trabajaba sobre la base de sus memorias de la India. En Trinidad ésta era una rareza arquitectónica. En el fondo, la otra parte de la casa, unida a la primera por un salón de bridge en la parte superior y una serie de pilares de madera en el estilo francés-caribeño. La puerta de entrada estaba en ese lado, entre las dos casas. Era una puerta alta de acero corrugado con marco de madera, realizada así por un fuerte prurito de privacidad.

Así, cuando niño, tuve conciencia de la existencia de dos mundos, el mundo de afuera de la alta puerta de acero corrugado, y el mundo de adentro en casa, o en todo caso, el mundo de la casa de mi abuela. Éste era un remanente de nuestro sentido de casta, que excluye y deja afuera. En Trinidad, donde en tanto recién llegados éramos una comunidad en desventaja, esa idea de exclusión fue una forma de protegernos; nos facilitó, por el tiempo que fuera, vivir a nuestra manera y de acuerdo con nuestras propias reglas, vivir en nuestra India, que iba desapareciendo. Mirábamos hacia adentro; vivíamos nuestros días domésticos; el mundo de afuera existía en una forma de oscuridad; no preguntábamos acerca de nada. Había una tienda musulmana al lado. La pequeña galería de la tienda de mi abuela terminaba contra su pared lisa. El nombre del dueño era Mian. Era todo lo que sabíamos de él y de su familia. Supongo que lo habremos visto, pero ahora no tengo ninguna imagen mental de él. No sabíamos nada de los musulmanes. Esa idea de extrañeza, de la cosa que debía permanecer afuera, se extendía aún para con los otros hindúes. Por ejemplo, comíamos arroz en el mediodía, y trigo en la noche. Había alguna gente extraordinaria que alteraba ese orden natural y comía arroz por las noches. Yo pensaba en esa gente como extranjera; pueden imaginarme por esos tiempos con menos de siete años, porque cuando tuve los siete toda la vida de la casa de mi abuela en Chaguanas se terminó para mí. Nos mudamos a la capital, y luego hacia las colinas del noroeste. Pero los hábitos de la mente engendrados en ese adentro y afuera permanecieron por largo tiempo. Si no hubiera sido por las breves historias que mi padre escribía yo no hubiera sabido casi nada de la vida en general de nuestra comunidad hindú. Esas historias me dieron mucho más que ese conocimiento, me dieron una especie de solidez, una base para pararme en el mundo.

El mundo de afuera existía en una especie de oscuridad; y no preguntábamos nada. Era ya lo suficientemente grande como para tener alguna idea de la épica hindú, el *Ramayana* en particular. El niño que llegó cinco o más años más tarde que yo en nuestra amplia familia no tuvo esa suerte. Nadie nos enseñó hindú. Alguna vez alguien escribió para nosotros el alfabeto y eso fue todo. Se esperaba que el resto lo hiciéramos solos. Por eso, fuimos perdiendo nuestra lengua. La casa de mi abuela estaba llena de religión; había muchas ceremonias y lecturas, alguna de las cuales duraban días enteros. Pero nadie traducía para nosotros, que no podíamos entender la lengua. Así nuestra fe ancestral se alejaba, se volvía misteriosa, no pertinente para nuestra vida de todos los días.

No hacíamos preguntas acerca de India o de la gente de la familia que había quedado atrás. Cuando nuestra manera de pensar cambió y quisimos saber, ya era demasiado tarde. No sé nada de la familia del lado de mi padre; sólo sé que algunos provenían de Nepal. Más allá del mundo de la casa de mi abuela, allí donde comíamos arroz al mediodía y trigo en la cena, sólo había un gran mundo desconocido, en esa isla de sólo 400.000 habitantes. Estaban los africanos o descendientes de africanos, que eran la mayoría. Había policías, había maestros. Había también una capital, hacia la que muy pronto todos deberíamos partir por nuestra educación y trabajos, y en la que nos asentaríamos permanentemente; entre extraños. Había una población blanca, no todos ellos ingleses; y portugueses y chinos, todos inmigrantes como nosotros. Y aún más misteriosa que éstos, había otra población a la que llamábamos españoles, *pagnols*, gente de tez morena que venía del tiempo de los españoles, antes de que la isla fuera separada de Venezuela y del Imperio español, un tipo de historia absolutamente más allá de mi comprensión infantil. Para darles una idea de mi procedencia, he tenido que acudir a conocimientos e ideas que llegaron a mí mucho más tarde, especialmente con mis escritos. De niño no sabía casi nada, nada más de lo que había podido pescar en la casa de mi abuela. Todos los niños, supongo, llegan al mundo de esta manera, sin saber quiénes son. Pero para el niño francés, digamos, ese conocimiento está esperándolo. Ese conocimiento ha de estar rondándolos todo el tiempo. Y ha de llegar, indirectamente, en la conversación de sus mayores, en los periódicos y en la radio. Y en la escuela, el trabajo de generaciones de estudiosos, adaptado a sus manuales escolares, ha de proveerles de cierta idea acerca de Francia y los franceses. En Trinidad, brillante muchacho como fui, me hallaba rodeado por áreas de oscuridad. La escuela no iluminaba nada para mí. Estaba tapado de hechos y fórmulas. Todo debía ser aprendido de memoria; todo me resultaba abstracto. Una vez más, no creo que haya habido un plan o complot para que nuestros cursos fueran así. Lo que aprendíamos era el *standard* del aprendizaje escolar. En otro lugar, quizás hubiera tenido sentido.

ESCRITO SOBRE NEGRO

Con mi limitado historial cultural era muy difícil para mí entrar de manera creativa en



"Hace treinta años escribí sobre Argentina: 'Cuando la jerga vuelve los asuntos de vida en abstracciones, y cuando sólo una jerga compite con otra jerga, la gente no tiene causas. Sólo tiene enemigos'. Y las pasiones, en Argentina, todavía siguen trabajando, aún vencen a la razón, consumiendo vidas. No se ve aún una solución."

otras sociedades o en sociedades que estuvieran muy lejos. Amaba la idea de los libros, pero encontraba muy difícil leerlos. Lo mejores eran para mí los del tipo de Andersen y Esopo, atemporales, de ningún lugar, no excluyentes. Y, por último, en el sexto año de la universidad, empezaron a gustarme algunos clásicos literarios. Supuse que era porque tenían las cualidades de los cuentos de hadas.

Cuando comencé a ser un escritor, aquellas áreas de oscuridad que me rodeaban cuando niño comenzaron a ser el objeto de mis escritos. La tierra, los aborígenes, el nuevo mundo, la colonia, la historia, India, el mundo musulmán, al que también me sentía ligado, Africa, y luego Inglaterra, donde escribía. Esto quise decir cuando hablé de mis libros formándose unos sobre los otros, y de mí como la suma de mis libros. Esto quise decir cuando dije que mis antecedentes familiares y culturales, la fuente y la inspiración de mis escritos, eran al mismo tiempo extremadamente simples y extremadamente complejos. Deberían haber visto cuán simple era en el país de los Chaguanas. Y pienso que entenderán cuán complicado ha sido para mí como escritor. Especialmente en los comienzos, cuando los modelos literarios que tenía, los modelos que me había brindado lo que sólo puedo llamar mi falso aprendizaje, se manejaban con sociedades enteramente diferentes. Pero quizás ustedes piensen que con un material tan rico no debería haber tenido problemas para empezar y seguir adelante. Lo que dije acerca de mis antecedentes procede, de todas maneras, del conocimiento que adquirí con mis escritos. Y deben creerme cuando digo que el patrón de mi trabajo sólo comenzó a estar claro en los últimos dos meses o algo así. Leí pasajes de mis viejos libros, y vi la conexión.

Dije que era un escritor intuitivo. Así fue, y así sigue siendo ahora, cuando estoy cerca del fin. Nunca tuve un plan. Nunca seguí un sistema. Trabajé intuitivamente. Mi objetivo, cada vez, era escribir un libro, crear algo que fuera fácil e interesante para leer. Y tuve que hacer los libros que hice porque no había libros acerca de esos objetos, a los que yo pudiera acudir y que me dieran lo que yo quería. Tuve que esclarecer mi mundo por mí mismo.

Y cuando esa necesidad de India fue satisfecha, otras aparecieron: Africa, Sudáfrica, el mundo musulmán. El objetivo fue siempre completar mi mundo de imágenes, y el impulso llegaba desde mi infancia.

Cuando empecé no tenía ni idea acerca de cómo proseguir. Yo sólo quería escribir un libro. Traté de escribir en Inglaterra, donde permanecí después de mis años de universidad, y me pareció que mi experiencia era muy poca, no era verdaderamente la necesaria para escribir un libro. No podía encontrar en ningún libro aquello que me acercara a mis antecedentes familiares y culturales. El joven francés o inglés que desea escribir puede encontrar una serie de modelos que lo guíen en su camino. Yo no tenía ninguno. Los simples detalles de la vida caótica de nuestra extensa familia –los cuartos de dormir, los tiempos de comer, la cantidad verdadera de personas– parecían imposibles de manejar. Era demasiado loque había que explicar, ya fuera acerca de mi vida en casa o acerca del mundo de afuera. Y al mismo tiempo, también había mucho acerca de nosotros –de nuestros ancestros e historia– que yo no sabía.

Finalmente, un día llegó hasta mí la idea de comenzar con la calle Puerto de España hacia la cual nos mudamos desde Chaguanas. No había allí una puerta de acero corrugado que dejara afuera el mundo. La vida de la calle estaba abierta para mí. Fue un intenso placer para mí observarla desde la terraza. Cuando empecé a escribir, fue sobre la vida de esta calle. Quería escribir rápido, evitando el cuestionamiento interno, y de eso modo simplifiqué. Suprimí los antecedentes del niño narrador. Ignoré la complejidad social y racial de la calle. No expliqué nada. Permanecí, como si dijéramos, en la planta baja. Presentaba a la gente tan solo como aparecía en la calle. Escribía una historia por día. Las primeras eran muy cortas. Estaba preocupado pensando que el material no sería suficiente. Pero entonces la escritura hizo su magia. El material comenzó a aparecer para mí desde diferentes fuentes. Las historias se hicieron más largas; no podían escribirse en un solo día. Y entonces la inspiración, que en cierto momento parecía tan fácil, llevándome, llegó a su fin. Pero un libro había sido escrito, y ya tenía en mi propia mente a un escritor desarrollándose. La distancia entre el escritor y su material creció en los dos libros posteriores; la visión fue más amplia. Y la intuición me llevó hacia un extenso libro sobre nuestra vida familiar. Mientras escribía ese libro mi ambición como escritor crecía. Pero cuando terminé, sentí que había hecho todo lo que podía hacer con mi material de la isla. Lo fortuito, entonces, me rescató.

EL VIAJERO ACCIDENTAL

Comencé a viajar. Viajé por la región caribeña y comprendí mucho más acerca del asentamiento colonial del que había sido parte. Estuve en la India, mi tierra ancestral, durante un año. Esa fue una experiencia que partió mi vida en dos. Los libros que he escrito acerca de estos dos viajes me llevaron hacia nuevas formas de la emoción, me dieron una visión del mundo que nunca había tenido, me enriquecieron técnicamente. Fui capaz en esa ficción que entonces llegó a mí, de manejar el inglés tan bien como el caribeño –y qué difícil había resultado esto–. Fui capaz también de entrar en todos los grupos raciales de la isla, cosa que nunca había podido hacer.

Esta nueva ficción era acerca de la fantasía y de la deshonra colonial, un libro, acerca de cómo el desposeído miente acerca de sí mismo y se miente a sí mismo, desde el momento en que es la única fuente de información. El libro se llamó *El hombre simulado* (*The mimic man*). Y no trataba de mímica. Hablaba del hombre colonial simulando la condición de verdadero hombre. De hombres que habían crecido en el descreimiento de todo acerca de ellos mismos. Leí algunas páginas de este libro el otro día –no lo había vuelto a mirar desde hacía treinta años– y se me ocurrió que yo había escrito allí sobre de la esquizofrenia colonial. Pero no pensé en ello en ese entonces. Si lo hubiera hecho, nunca habría sido capaz de escribir. Los libros se daban intuitivamente, y sólo lejos de cualquier observación.

He realizado este pequeño recorrido por los primeros años de mi carrera para tratar de mostrar el escenario en el cual, en sólo diez años, mi lugar de nacimiento fue cambiando o desarrollándose en mis escritos: de la comedia de la vida de una calle al estudio de un tipo de extendida esquizofrenia. Lo que parecía simple se volvió complicado.

Ambos, la ficción y el libro de viajes, me han dado mi modo de ver las cosas; y ustedes podrán entender por qué para mí todas las formas literarias son igualmente valiosas. Esto se hizo evidente cuando me senté a escribir mi tercer libro sobre la India –veintiséis años después del primero–: que lo más importante acerca de un libro de viajes es la gente con la cual el escritor había estado en contacto durante sus viajes. La gente tenía que definirse por sí misma. Una idea muy simple, pero que requería un nuevo tipo de libro, una nueva forma de viajar. Y ese fue realmente el método que usé después, en la segunda oportunidad, cuando viajé por el mundo musulmán.

Siempre me he manejado solo, por intuición. Nunca tuve un sistema literario. Nunca tuve ideas políticas como guía. Mi padre, que escribió sus historias en tiempos oscuros, y sin buscar recompensas, no tenía ideas políticas. Quizás porque hemos estado muy lejos del poder por tanto tiempo. Esto no ha dado un punto de vista especial, Siento que estamos más inclinados a ver la gracia y la pena de las cosas. Cerca de treinta años atrás fui a la Argentina. Eran los tiempos de la guerrilla. La gente esperaba el regreso del exilio del viejo dictador Perón. El país estaba lleno de odio. Los peronistas esperaban saldar viejas cuentas. Uno de esos hombres me dijo: "Hay buena y mala tortura. La buena tortura es la que haces a los enemigos del pueblo. La mala tortura es la que los enemigos te hacen a ti". La gente del otro lado decía lo mismo. No había verdadero debate acerca de nada. Sólo había pasión y una jerga política tomada prestada de Europa. Escribí: "Cuando la jerga vuelve los asuntos de vida en abstracciones, y cuando sólo una jerga compite con otra jerga, la gente no tiene causas. Sólo tiene enemigos". Y las pasiones, en Argentina, todavía siguen trabajando, aún vencen a la razón, consumiendo vidas. No se ve aún una solución.

Estoy cerca de finalizar mi trabajo ahora. Estoy contento de haberme empujado en la creación tan lejos como pude ir. Porque, gracias a mi modo intuitivo de trabajo, y aun por la naturaleza desconcertante de mis materiales, cada libro llegó como una bendición para mí. Terminaré como comencé, con uno de los más maravillosos fragmentos de Proust en *Contra Sainte-Beuve*. "Las cosas maravillosas que debemos escribir si tenemos talento", dice Proust, "están dentro de nosotros, indistintas, como la memoria de una melodía que nos deleita aunque seamos incapaces de recapturar sus tonos. Aquellos que están obsesionados con esa nebulosa memoria de verdades que intentan recapturar, son los hombres que están dotados... El talento es como esa especie de memoria que finalmente los hará capaces de volver esa música más cercana, para escucharla claramente, y tomar nota de ella". Talento, dice Proust. Yo diría suerte, y mucho trabajo. ♣

traduc. Silvia Tejedor

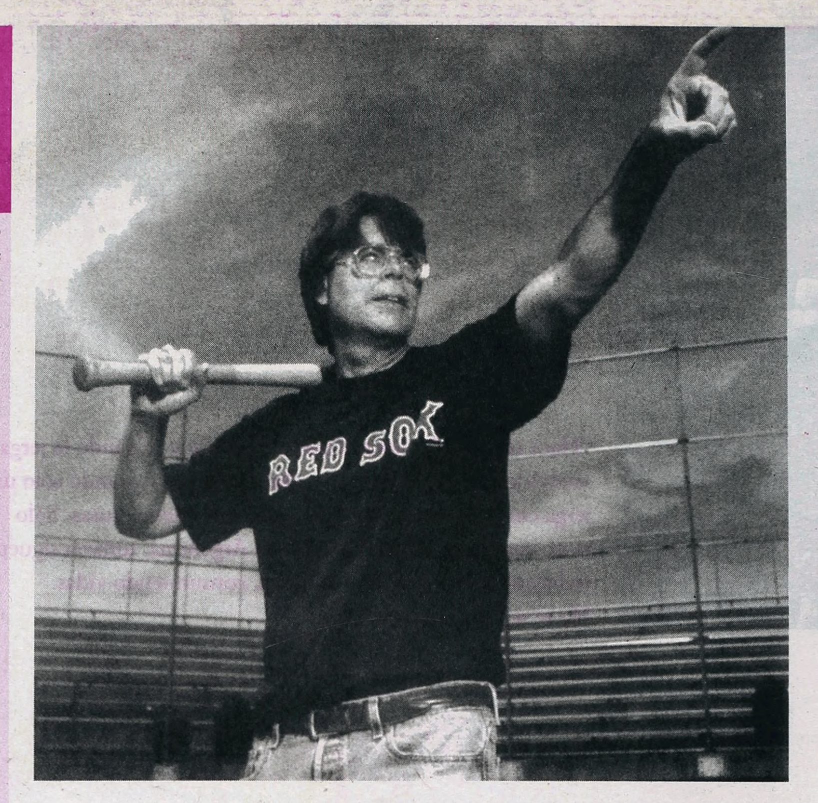
La Asociación Madres de Plaza de Mayo convoca al Concurso de Poesía "25 años de lucha". Podrán participar de este concurso poetas de cualquier nacionalidad y residentes en cualquier país que presenten libros de poesía originales e inéditos, escritos en castellano. El tema es absolutamente libre. Cada autor podrá participar con un solo libro, del que se entregarán tres ejemplares, fotocopiados y encarpetados. Los libros que se presenten a concurso podrán tener una extensión mínima de 30 (treinta) páginas y una máxima de 60 (sesenta). El jurado estará integrado por Susana Cella, Daniel Freidemberg y Leopoldo Brizuela. Los originales se recibirán hasta el 10 de marzo de 2002 en la Librería de las Madres, Hipólito Yrigoyen 1584 (1089) Buenos Aires, o por correo en la misma dirección, donde además podrán solicitarse informes adicionales.

Tras probarse con éxito como libro electrónico (www.capitanalatriste.alfaguara.com), el capitán Alatriste, el popular espadachín del siglo XVII creado por el español Arturo Pérez-Reverte, sigue experimentando formatos y aparece ahora como comic en las ediciones dominicales del diario madrileño *El País*. Según anunció el periódico en su revista dominical, se trata de un coleccionable que comenzará a publicarse el domingo 13 de enero. Su meta es interesar a las nuevas generaciones en el Siglo de Oro español.

La escritora española Angela Vallvey fue distinguida por su novela *Los estados carenciales* con el Premio Nadal, el galardón literario más antiguo de España, que entrega anualmente la editorial Destino. El segundo premio fue para el autor mallorquino José Luis de Juan por su obra *Caleidoscopio*. Vallvey, de 38 años, es oriunda de Ciudad Real, en el centro de España, y actualmente reside en Ginebra. Su narrativa se enfoca fundamentalmente en el público infantil, aunque también ha publicado novelas y libros de poemas. Al Premio Nadal se presentaron este año 372 obras, de las cuales 103 procedían de Madrid, 48 de Barcelona, 13 de Málaga, 11 de Sevilla y otras 11 de Vizcaya. Además se recibieron obras de otros países, como por ejemplo nueve novelas argentinas, cuatro francesas, tres belgas y tres alemanas.

Casi 400 años después de la primera publicación del *Quijote* de Miguel de Cervantes Saavedra, un equipo de filólogos, bajo la dirección de Francisco Rico, ha elaborado la primera edición de ese clásico exenta de errores. Esta nueva edición del *Quijote* elimina las casi 2 mil erratas y errores de interpretación que tenía el manuscrito original de esta obra, fechado en 1605. La nueva versión editada por Crítica intenta acercarse con la máxima fidelidad al original.

La editorial Lumen acaba de lanzar en Barcelona una antología de la obra poética del gran poeta cubano Reinaldo Arenas. A cargo de Juan Abreu, la antología lleva por título *Inferno* porque, según el compilador, "Reinaldo pensaba, y me dijo muchas veces, que el mundo era un sitio inhabitable, infernal".



Revoltijo de basura

EL CAZADOR DE SUEÑOS
Stephen King
trad. Jofre Homedes
Plaza & Janés
Barcelona, 2001
624 págs., $ 18

POR MARIANA ENRIQUEZ

Para Stephen King, el horror es la interferencia en la vida cotidiana, todo lo que pueda amenazar el *american way of life*, en fin, todo lo que pueda socavar la seguridad del suburbio norteamericano. En general, King usa las propias taras de *american way of life* como arma para el horror: la obsesión por estar delgado (*Maleficio*), los adolescentes violentos (*Rabia*, un libro que ha dejado de editarse con consentimiento de King porque es casi un manual para jovencitos desestabilizados), el fanatismo religioso y los fracasados de secundaria (*Carrie*), la furia antitabaco (en el cuento "Basta S.A."), la obsesión por la salud y el horror a la muerte (*Pet Sematary*), el alcoholismo y la violencia familiar (*El resplandor*) y así sucesivamente.

En *El cazador de sueños* agrega a su larga lista una novela sobre el horror al contagio o a la epidemia (muy apropiada en plena paranoia de guerra bacteriológica) y nuevamente a la enfermedad, en este caso el cáncer (*Cáncer* iba a ser el título original de la novela). Todo esto revuelto con la fórmula del miedo a los extraterrestres típico de los films de los 50 que hoy está tan de moda nuevamente, reformulado en las teorías conspirativas.

El cazador de sueños es un libro fallido por sus muchos excesos y también porque King es excesivamente prolífico y, a esta altura, aunque lo intente, no puede evitar repetirse a sí mismo con una obviedad pasmosa.

Veamos: en *El cazador de sueños* hay cinco amigos, Pete, Beaver, Joney, Henry y Duddits (en *El cuerpo* eran cuatro) que se van presentando uno a uno en las primeras páginas (como en *Eso*). Los une una relación especial y varios hechos de la infancia que determinarán sus vidas futuras (como en *It*). Uno de los cinco, Duddits, es retrasado mental y se está muriendo de leucemia, pero acabará teniendo un rol redentor, en una nueva versión de "los humildes heredarán la tierra" (como en *El pasillo de la muerte*).

Los cuatro amigos sanos, ya adultos, se reúnen una vez al año para cazar en un bosque de Nueva Inglaterra. De pronto, se encuentran en medio de una invasión extraterrestre: los seres traen consigo una suerte de virus que tiene varias formas de contagio: una por "implante" mediante "bichos caca" (se trata de una versión no demasiado remozada de *Alien*: en vez de salir por el estómago, los aliens salen por el ano, con un preludio de flatulencias tóxicas), otra por crecimiento de un virus cancerígeno en forma de musgo (de este modo se expandirán por el mundo) y la tercera, el contagio por telepatía. Los cinco amigos son telépatas desde la infancia (el retrasado mental funciona como "antena telepática", para explicarlo de alguna manera), y es en este terreno de la mente donde se librará la batalla contra los invasores y también contra los militares, que han decidido cercar la zona donde cayó la nave con su tripulación infecciosa, y acabar con humanos y extraterrestres por igual.

King ya había trabajado sobre extraterrestres alguna vez, en una novela horrenda llamada *Los Tommyknockers*. Esta novela es un poco mejor pero, para cualquier lector en tema, el revoltijo de todos los lugares comunes de *Los expedientes secretos X*, la cita con aroma a robo de *Alien*, la batalla final que transcurre en sueños, como una *Pesadilla en lo profundo de la noche* benigna y el abuso de estirar una persecución en casi 300 páginas es casi un chiste, una parodia. Y ésa no es la idea, en absoluto.Peor aún: King está perdiendo con cada libro todo lo que alguna vez lo hacía relevante o por lo menos entretenido. Siempre utilizó el truco de cercar a un personaje o varios y ponerlos en una situación límite.

En *Cujo*, con la sencilla premisa de una madre y un hijo encerrados dentro de un auto y acechados por un perro San Bernardo rabioso, funcionaba casi a la perfección. Después, en libros olvidables como *El juego de Gerald* o *Desesperación*, el truco apestaba a viejo. Ahora es casi insoportable y la extensión no ayuda. *El cazador de sueños* se asemeja demasiado a una de esas nuevas películas de Hollywood: inacabables y tediosas, con efectos especiales predecibles y personajes unidimensionales. La unidimensionalidad y la pereza narrativa de King es especialmente evidente en su construcción de los malvados militares: basta decir que el malo mayor se llama Kurtz (como Marlon Brando en *Apocalipsis Now*), que está tan loco como ese Kurtz, pero como si un director clase B hubiera reversionado la película de Coppola, y que hasta hay una cita mediocre de la famosa escena de *La cabalgata de*

→ 4/

NOTICIAS DEL MUNDO

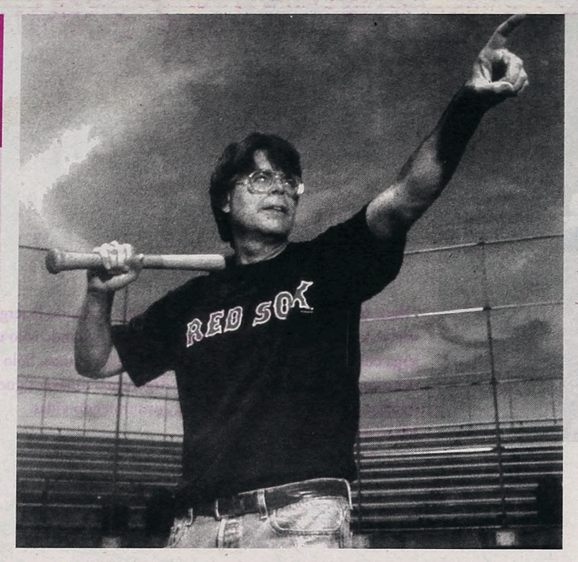
La Asociación Madres de Plaza de Mayo convoca al Concurso de Poesía "25 años de lucha". Podrán participar de este concurso poetas de cualquier nacionalidad y residentes en cualquier país que presenten libros de poesía originales e inéditos, escritos en castellano. El tema es absolutamente libre. Cada autor podrá participar con un solo libro, del que se entregarán tres ejemplares, fotocopiados y encarpetados. Los libros que se presenten a concurso podrán tener una extensión mínima de 30 (treinta) páginas y una máxima de 60 (sesenta). El jurado estará integrado por Susana Cella, Daniel Freidemberg y Leopoldo Brizuela. Los originales se recibirán hasta el 10 de marzo de 2002 en la Librería de las Madres, Hipólito Yrigoyen 1584 (1089) Buenos Aires, o por correo en la misma dirección, donde además podrán solicitarse informes adicionales.

Tras probarse con éxito como libro electrónico (www.capitanalatriste.alfaguara.com), el capitán Alatriste, el popular espadachín del siglo XVII creado por el español Arturo Pérez-Reverte, sigue experimentando formatos y aparece ahora como comic en las ediciones dominicales del diario madrileño *El País*. Según anunció el periódico en su revista dominical, se trata de un coleccionable que comenzará a publicarse el domingo 13 de enero. Su meta es interesar a las nuevas generaciones en el Siglo de Oro español.

La escritora española Angela Vallvey fue distinguida por su novela *Los estados carenciales* con el Premio Nadal, el galardón literario más antiguo de España, que entrega anualmente la editorial Destino. El segundo premio fue para el autor mallorquino José Luis de Juan por su obra *Caleidoscopio*. Vallvey, de 38 años, es oriunda de Ciudad Real, en el centro de España, y actualmente reside en Ginebra. Su narrativa se enfoca fundamentalmente en el público infantil, aunque también ha publicado novelas y libros de poemas. Al Premio Nadal se presentaron este año 372 obras, de las cuales 103 procedían de Madrid, 48 de Barcelona, 13 de Málaga, 11 de Sevilla y otras 11 de Vizcaya. Además se recibieron obras de otros países, como por ejemplo nueve novelas argentinas, cuatro francesas, tres belgas y tres alemanas.

Casi 400 años después de la primera publicación del *Quijote* de Miguel de Cervantes Saavedra, un equipo de filólogos, bajo la dirección de Francisco Rico, ha elaborado la primera edición de ese clásico exenta de errores. Esta nueva edición del *Quijote* elimina las casi 2 mil erratas y errores de interpretación que tenía el manuscrito original de esta obra, fechado en 1605. La nueva versión editada por Crítica intenta acercarse con la máxima fidelidad al original.

La editorial Lumen acaba de lanzar en Barcelona una antología de la obra poética del gran poeta cubano Reinaldo Arenas. A cargo de Juan Abreu, la antología lleva por título *Inferno* porque, según el compilador, "Reinaldo pensaba, y me dijo muchas veces, que el mundo era un sitio inhabitable, infernal".



Revoltijo de basura

EL CAZADOR DE SUEÑOS
Stephen King
trad. Jofre Homedes
Plaza & Janés
Barcelona, 2001
624 págs., $ 18

POR MARIANA ENRIQUEZ

Para Stephen King, el horror es la interferencia en la vida cotidiana, todo lo que pueda amenazar el *american way of life*, en fin, todo lo que pueda socavar la seguridad del suburbio norteamericano. En general, King usa las propias taras de *american way of life* como arma para el horror: la obsesión por estar delgado (*Maleficio*), los adolescentes violentos (*Rabia*, un libro que ha dejado de editarse con consentimiento de King porque es casi un manual para jovencitos desestabilizados), el fanatismo religioso y los fracasados de secundaria (*Carrie*), la furia antitabaco (en el cuento "Basta S.A."), la obsesión por la salud y el horror a la muerte (*Pet Sematary*), el alcoholismo y la violencia familiar (*El resplandor*) y así sucesivamente.

En *El cazador de sueños* agrega a su larga lista una novela sobre el horror al contagio o a la epidemia (muy apropiada en plena paranoia de guerra bacteriológica) y nuevamente a la enfermedad, en este caso el cáncer (*Cáncer* iba a ser el título original de la novela). Todo esto revuelto con la fórmula del miedo a los extraterrestres típico de los films de los 50 que hoy está tan de moda nuevamente, reformulado en las teorías conspirativas.

El cazador de sueños es un libro fallido por sus muchos excesos y también porque King es excesivamente prolífico y, a esta altura, aunque lo intente, no puede evitar repetirse a sí mismo con una obviedad pasmosa.

Veamos: en *El cazador de sueños* hay cinco amigos, Pete, Beaver, Joney, Henry y Duddits (en *El cuerpo* eran cuatro) que se van presentando uno a uno en las primeras páginas (como en *Eso*). Los une una relación especial y varios hechos de la infancia que determinarán sus vidas futuras (como en *It*). Uno de los cinco, Duddits, es retrasado mental y se está muriendo de leucemia, pero acabará teniendo un rol redentor, en una nueva versión de "los humildes heredarán la tierra" (como en *El pasillo de la muerte*).

Los cuatro amigos sanos, ya adultos, se reúnen una vez al año para cazar en un bosque de Nueva Inglaterra. De pronto, se encuentran en medio de una invasión extraterrestre: los seres traen consigo una suerte de virus que tiene varias formas de contagio: una por "implante" mediante "bichos caca" (se trata de una versión no demasiado remozada de *Alien*: en vez de salir por el estómago, los aliens salen por el ano, con un preludio de flatulencias tóxicas), otra por crecimiento de un virus cancerígeno en forma de musgo (de este modo se expandirán por el mundo) y la tercera, el contagio por telepatía. Los cinco amigos son telépatas desde la infancia (el retrasado mental funciona como "antena telepática", para explicarlo de alguna manera), y es en este terreno de la mente donde se librará la batalla contra los invasores y también contra los militares, que han decidido cercar la zona donde cayó la nave con su tripulación infecciosa, y acabar con humanos y extraterrestres por igual.

King ya había trabajado sobre extraterrestres alguna vez, en una novela horrenda llamada *Los Tommyknockers*. Esta novela es un poco mejor pero, para cualquier lector en tema, el revoltijo de todos los lugares comunes de *Los expedientes secretos X*, la cita con aroma a robo de *Alien*, la batalla final que transcurre en sueños, como una *Pesadilla en lo profundo de la noche* benigna y el abuso de estirar una persecución en casi 300 páginas es casi un chiste, una parodia. Y ésa no es la idea, en absoluto.Peor aún: King está perdiendo con cada libro todo lo que alguna vez lo hacía relevante o por lo menos entretenido. Siempre utilizó el truco de cercar a un personaje o varios y ponerlos en una situación límite.

En *Cujo*, con la sencilla premisa de una madre y un hijo encerrados dentro de un auto y acechados por un perro San Bernardo rabioso, funcionaba casi a la perfección. Después, en libros olvidables como *El juego de Gerald* o *Desesperación*, el truco apestaba a viejo. Ahora es casi insoportable y la extensión no ayuda. *El cazador de sueños* se asemeja demasiado a una de esas nuevas películas de Hollywood: inacabables y tediosas, con efectos especiales predecibles y personajes unidimensionales. La unidimensionalidad y la pereza narrativa de King es especialmente evidente en su construcción de los malvados militares: basta decir que el malo mayor se llama Kurtz (como Marlon Brando en *Apocalipsis Now*), que está tan loco como ese Kurtz, pero como si un director clase B hubiera reversionado la película de Coppola, y que hasta hay una cita mediocre de la famosa escena de *La cabalgata de las Walkyrias*, con helicópteros y todo, sólo que aquí suena "Simpatía por el demonio" de los Rolling Stones y en vez de matar vietnamitas matan extraterrestres (que para coronar la obviedad son hombres grises como los de Rosswell).

Tampoco le funcionan más las pequeñas historias dentro de la historia, esos cuentos incluidos que King solía manejar con maestría en sus años mozos. En *La hora del vampiro*, por ejemplo, un libro también bastante malo, los recuerdos de juventud del protagonista, estructurados casi como cuentos, salvaban la novela. Algo parecido sucedía en *It* con los *flashbacks* hacia la infancia de los niños. Aquí vuelven a aparecer y son irrelevantes, triviales.

Y, fundamentalmente, *El cazador de sueños* no asusta. King no tiene un solo truco nuevo que sacar de su galera, ni se le ocurre cómo atacar alguna novedosa paranoia u obsesión de sus compatriotas para provocar siquiera un escalofrío. Su último libro bueno sigue siendo el folletín *El pasillo de la muerte* y parece que ya nada lo volverá a convertir en un referente a tener en cuenta en relación con los géneros. King escribió *El cazador de sueños* cuando se estaba recuperando de su accidente (que, dicho sea de paso, es mejor material para una novela que todo este revoltijo de "bichos caca" y hombres de gris), pero no parece que esté sólo atontado por el golpe. Cualquier cuentista menor en el enorme panorama del género de horror tiene más para decir que King. Con libros como *El cazador de sueños* quizá consiga ser best-seller una vez más, pero difícilmente podrá evitar seguir cavando su propia tumba. ♣

EN EL CULO DEL MUNDO
António Lobo Antunes
Trad. Mario Merlino
Siruela
Madrid, 2001
210 págs. $ 21

Fina estampa

POR RUBÉN H. RÍOS

Una voz desgarrada y melancólica, alucinada y barroca, dolorosamente lúcida y extraviada en un mundo absurdo y brutal: eso es –en su esencia– esta novela del gran narrador portugués Lobo Antunes publicada por primera vez en 1979. Final de una década desde donde esa voz narrativa que dialoga con una mujer silenciada o parca, durante una larga noche de alcoholes y centelleos sin luz, rinde testimonio del fragor infame de la guerra colonialista de Angola y de una sensibilidad estragada por el fascismo de Portugal. No tanto, si se quiere, un alegato contra la inhumanidad de la guerra, cuanto una oración fúnebre por los seres degradados bajo el yugo del nihilismo europeo.

Lisboa –el otro escenario de *En el culo del mundo*– es poco más, para la voz que ha conocido el horror y las miserias del aparato colonialista, que una ciudad fantasmal y pantagruélica, en cuyas fachadas incrustadas de azulejos se refractan sólo resplandores apagados y endurecidos. El resto se reparte entre los recuerdos de la Lisboa más extravagante, más esperpéntica, de la infancia del protagonista, y los bares con lámparas *art noveau* que éste recorre solitariamente de regreso de la guerra, luego de la disolución de su matrimonio, ensimismado en el magro consuelo del whisky y del sexo frío compartido con mujeres vacías a quienes, quizá, haya relatado, una y otra vez, desatada la lengua por la soledad y el anhelo de sentido, la misma historia de ese joven médico consumiéndose en la inutilidad sangrienta y sin gloria de la guerra en Angola, deseando tan sólo volver al seno de una sociedad asediada por ancianas chupacirios y retratos de generales muertos.

Esa voz para la cual Lisboa se asemeja a un juego irreal de reflejos sin contenido, como si se tratara de la ilusión producida por los miles de azulejos que se reflejan a sí mismos, y para la cual también su propio rostro en el espejo posee el espesor superficial de la máscara, descubre que la realidad –en toda su crudeza y despojamiento– se le ha mostrado en el hervidero de insectos y polvo de Angola, en los cuerpos mutilados de los soldados, en los tambores de los rebeldes manteniendo insomne la noche, en la desesperación de las masturbaciones, en los ojos nebulosos de los niños hambrientos, en la locura de la guerra. Sobre ella, sobre el reguero de muerte y servidumbre que deja a su paso, el protagonista celebra sus esponsales con la condición humana. Es el mediodía de la guerra, donde ya no hay sombras ni reflejos, la experiencia del límite del mundo.

La voz del inmenso desasosiego que anima la novela de Lobo Antunes expresa, de algún modo clandestino, a todo aquel que se ha convertido en extranjero. No solamente en su propia lengua (según la fórmula deleuziana) o en relación con los ídolos y pesadillas de la sociedad fascista, sino también –y quizá sobre todo– respecto del oprobioso principio de realidad bajo el que ha sido confinado en una Lisboa de espejismos y fatuidad. El silencio de la mujer con la que el protagonista recibe la aurora, alcoholizado y vano también él, no hace más que repetir –como un eco mudo– el mutismo de todo un orden social y político, de la palabra y del pensamiento, ante quien ha visto y padecido el fondo atroz de ese sistema de simulacros en la guerra. Y lo cuenta, rompiendo el silencio. ♣

NOTICIAS DEL MUNDO

Ficción

1. El señor de los anillos
J.R.R. Tolkien
(Minotauro, $ 17,50)

2. Baudolino
Umberto Eco
(Lumen, $ 22)

3. Ampliación del campo de batalla
Michel Houellebecq
(Anagrama, $ 9,80)

4. Todos los nombres
José Saramago
(Punto de lectura, $ 8)

5. Cuentos completos
Juan José Saer
(Seix Barral, $ 22)

6. El cazador de sueños
Stephen King
(Plaza & Janés, $ 18)

7. Los días del venado
Liliana Bodoc
(Norma, $ 14)

8. Cuentos orientales
Marguerite Yourcenar
(Punto de lectura, $ 6)

9. Los Borgia
Mario Puzo
(Emecé, $ 16)

10. El mar que nos trajo
Griselda Gambaro
(Norma, $ 16,50)

No ficción

1. El camino de las lágrimas
Jorge Bucay
(Sudamericana, $ 14)

2. Juan Manuel de Rosas
Pacho O'Donnell
(Planeta, $ 16)

3. El atroz encanto de ser argentino
Marcos Aguinis
(Planeta, $ 17)

4. Diccionario de la Lengua Española
Real Academia Española*(Espasa, $ 49,50)*

5. Patas arriba
Eduardo Galeano
(Catálogos, $ 20)

6. Monseñor Patagonia
Germán Sopeña
(El elefante, $ 15)

7. El futuro
Cebrián González
(Aguilar, $ 16)

8. No logo
Naomi Klein
(Paidós, $ 32)

9. Bush & Ben Laden S.A.
Victor Ego Ducrot
(Norma, $ 17)

10. Anarquistas cultura política
Juan Suriano
(Manantial, $ 18)

¿Por qué se venden estos libros?

"Un gusto exquisito, el de los lectores de Hernández, hay que decirlo. Impecables sus elecciones en literatura de ficción. Se ve que es gente que sabe elegir. En cuanto a no ficción, desluce un poco la lista la presencia irremediable de Bucay y de Aguinis, pero peores cosas se han visto", opina Santiago Lima de la redacción de *Radarlibros*.



las Walkyrias, con helicópteros y todo, sólo que aquí suena "Simpatía por el demonio" de los Rolling Stones y en vez de matar vietnamitas matan extraterrestres (que para coronar la obviedad son hombres grises como los de Rosswell).

Tampoco le funcionan más las pequeñas historias dentro de la historia, esos cuentos incluidos que King solía manejar con maestría en sus años mozos. En *La hora del vampiro*, por ejemplo, un libro también bastante malo, los recuerdos de juventud del protagonista, estructurados casi como cuentos, salvaban la novela. Algo parecido sucedía en *It* con los *flashbacks* hacia la infancia de los niños. Aquí vuelven a aparecer y son irrelevantes, triviales.

Y, fundamentalmente, *El cazador de sueños* no asusta. King no tiene un solo truco nuevo que sacar de su galera, ni se le ocurre cómo atacar alguna novedosa paranoia u obsesión de sus compatriotas para provocar siquiera un escalofrío. Su último libro bueno sigue siendo el folletín *El pasillo de la muerte* y parece que ya nada lo volverá a convertir en un referente a tener en cuenta en relación con los géneros. King escribió *El cazador de sueños* cuando se estaba recuperando de su accidente (que, dicho sea de paso, es mejor material para una novela que todo este revoltijo de "bichos caca" y hombres de gris), pero no parece que esté sólo atontado por el golpe. Cualquier cuentista menor en el enorme panorama del género de horror tiene más para decir que King. Con libros como *El cazador de sueños* quizá consiga ser best-seller una vez más, pero difícilmente podrá evitar seguir cavando su propia tumba. ♣



EN EL CULO DEL MUNDO
António Lobo Antunes
Trad. Mario Merlino
Siruela
Madrid, 2001
210 págs. $ 21

Fina estampa

POR RUBÉN H. RÍOS

Una voz desgarrada y melancólica, alucinada y barroca, dolorosamente lúcida y extraviada en un mundo absurdo y brutal: eso es –en su esencia– esta novela del gran narrador portugués Lobo Antunes publicada por primera vez en 1979. Final de una década desde donde esa voz narrativa que dialoga con una mujer silenciada o parca, durante una larga noche de alcoholes y centelleos sin luz, rinde testimonio del fragor infame de la guerra colonialista de Angola y de una sensibilidad estragada por el fascismo de Portugal. No tanto, si se quiere, un alegato contra la inhumanidad de la guerra, cuanto una oración fúnebre por los seres degradados bajo el yugo del nihilismo europeo.

Lisboa –el otro escenario de *En el culo del mundo*– es poco más, para la voz que ha conocido el horror y las miserias del aparato colonialista, que una ciudad fantasmal y pantagruélica, en cuyas fachadas incrustadas de azulejos se refractan sólo resplandores apagados y endurecidos. El resto se reparte entre los recuerdos de la Lisboa más extravagante, más esperpéntica, de la infancia del protagonista, y los bares con lámparas *art noveau* que éste recorre solitariamente de regreso de la guerra, luego de la disolución de su matrimonio, ensimismado en el magro consuelo del whisky y del sexo frío compartido con mujeres vacías a quienes, quizá, haya relatado, una y otra vez, desatada la lengua por la soledad y el anhelo de sentido, la misma historia de ese joven médico consumiéndose en la inutilidad sangrienta y sin gloria de la guerra en Angola, deseando tan sólo volver al seno de una sociedad asediada por ancianas chupacirios y retratos de generales muertos.

Esa voz para la cual Lisboa se asemeja a un juego irreal de reflejos sin contenido, como si se tratara de la ilusión producida por los miles de azulejos que se reflejan a sí mismos, y para la cual también su propio rostro en el espejo posee el espesor superficial de la máscara, descubre que la realidad –en toda su crudeza y despojamiento– se le ha mostrado en el hervidero de insectos y polvo de Angola, en los cuerpos mutilados de los soldados, en los tambores de los rebeldes manteniendo insomne la noche, en la desesperación de las masturbaciones, en los ojos nebulosos de los niños hambrientos, en la locura de la guerra. Sobre ella, sobre el reguero de muerte y servidumbre que deja a su paso, el protagonista celebra sus esponsales con la condición humana. Es el mediodía de la guerra, donde ya no hay sombras ni reflejos, la experiencia del límite del mundo.

La voz del inmenso desasosiego que anima la novela de Lobo Antunes expresa, de algún modo clandestino, a todo aquel que se ha convertido en extranjero. No solamente en su propia lengua (según la fórmula deleuziana) o en relación con los ídolos y pesadillas de la sociedad fascista, sino también –y quizá sobre todo– respecto del oprobioso principio de realidad bajo el que ha sido confinado en una Lisboa de espejismos y fatuidad. El silencio de la mujer con la que el protagonista recibe la aurora, alcoholizado y vano también él, no hace más que repetir –como un eco mudo– el mutismo de todo un orden social y político, de la palabra y del pensamiento, ante quien ha visto y padecido el fondo atroz de ese sistema de simulacros en la guerra. Y lo cuenta, rompiendo el silencio. ♣

NOTICIAS DEL MUNDO

Ficción

1. **El señor de los anillos**
J.R.R. Tolkien
(Minotauro, $ 17,50)

2. **Baudolino**
Umberto Eco
(Lumen, $ 22)

3. **Ampliación del campo de batalla**
Michel Houellebecq
(Anagrama, $ 9,80)

4. **Todos los nombres**
José Saramago
(Punto de lectura, $ 8)

5. **Cuentos completos**
Juan José Saer
(Seix Barral, $ 22)

6. **El cazador de sueños**
Stephen King
(Plaza & Janés, $ 18)

7. **Los días del venado**
Liliana Bodoc
(Norma, $ 14)

8. **Cuentos orientales**
Marguerite Yourcenar
(Punto de lectura, $ 6)

9. **Los Borgia**
Mario Puzo
(Emecé, $ 16)

10. **El mar que nos trajo**
Griselda Gambaro
(Norma, $ 16,50)

No ficción

1. **El camino de las lágrimas**
Jorge Bucay
(Sudamericana, $ 14)

2. **Juan Manuel de Rosas**
Pacho O'Donnell
(Planeta, $ 16)

3. **El atroz encanto de ser argentino**
Marcos Aguinis
(Planeta, $ 17)

4. **Diccionario de la Lengua Española**
Real Academia Española *(Espasa, $ 49,50)*

5. **Patas arriba**
Eduardo Galeano
(Catálogos, $ 20)

6. **Monseñor Patagonia**
Germán Sopeña
(El elefante, $ 15)

7. **El futuro**
Cebrián González
(Aguilar, $ 16)

8. **No logo**
Naomi Klein
(Paidós, $ 32)

9. **Bush & Ben Laden S.A.**
Victor Ego Ducrot
(Norma, $ 17)

10. **Anarquistas cultura política**
Juan Suriano
(Manantial, $ 18)

¿Por qué se venden estos libros?

"Un gusto exquisito, el de los lectores de Hernández, hay que decirlo. Impecables sus elecciones en literatura de ficción. Se ve que es gente que sabe elegir. En cuanto a no ficción, desluce un poco la lista la presencia irremediable de Bucay y de Aguinis, pero peores cosas se han visto", opina Santiago Lima de la redacción de *Radarlibros*.

COLECCIONES

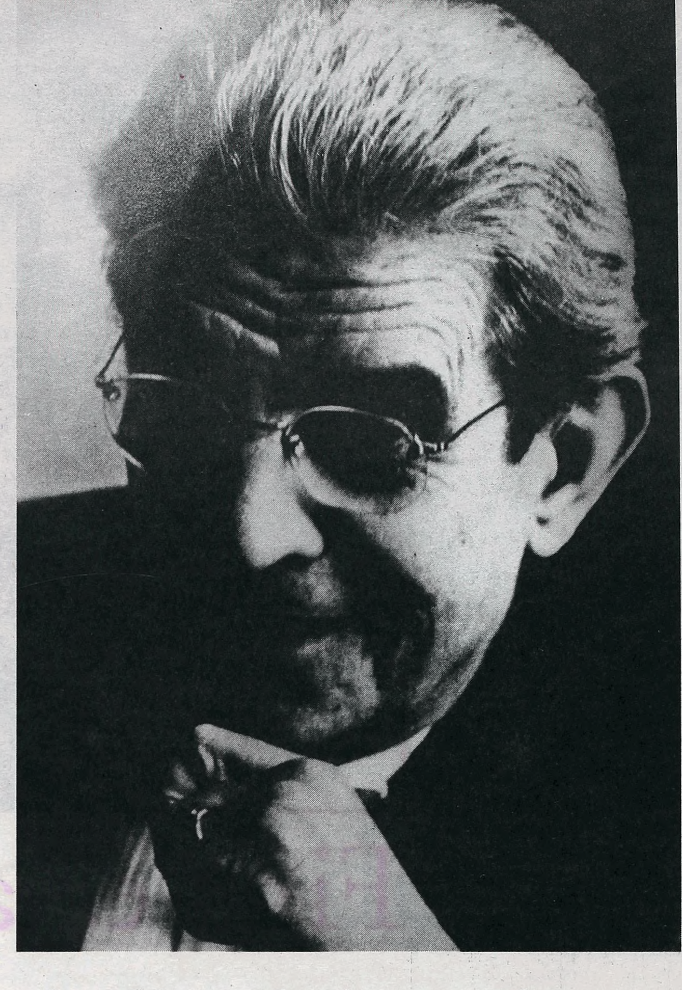
Arturo Carrera y Juan Lagomarsino son los responsables de Mate, la exquisita colección en la cual acaban de aparecer seis nuevos títulos. La colección Mate, para quienes todavía no la conocen, es tan heterogénea como singular, no sólo por su formato, de pequeñas dimensiones, fácilmente adaptable al bolsillo de la dama o la cartera del caballero, sino también debido a la prolija e inusitada selección del material que la integra. Más allá de la talla de los nombres convocados, los libros de Mate convocan "rarezas", a su vez prologadas por prestigiosos autores como César Aira o Raúl Antelo.

Una de las nuevas entregas es *¡Esa cabeza toba!* de Lucio V. Mansilla, una selección de textos extraídos de *Una excursión a los indios ranqueles*, la obra más leída del enigmático sobrino de Rosas, siempre mortificado por la presencia acechante de los "salvajes". Otra perla es *Historia técnica de un poema y breve antología de sonetos* de Juan Rodolfo Wilcock, un estudio teórico y práctico acerca de la naturaleza de la poesía, en constante ejercicio a lo largo de la obra. Como no podía ser de otra manera, Domingo Faustino encuentra su lugar en la colección con su *Ortografía americana*, un ensayo en el que, como tantos otros grandes autores, se rebela contra la lengua. En tono parecido, se ofrece *Manera de una psique sin cuerpo* de Macedonio Fernández, una selección de textos en los que el autor interroga la identidad.

Una de las características más salientes de esta colección es que le otorga un lugar igualitario (cualitativa y cuantitativamente) a la producción literaria femenina. En esta ocasión desfilan los *Cuadernos de infancia* de Norah Lange y los *Estuarios* de Luisa Futoransky.

El mismísimo Arturo Carrera aporta una selección de *Faunitos*, del que nada diremos porque será objeto de futuras reflexiones de este suplemento.

NATALIA FERNÁNDEZ MATIENZO



JAQUES LACAN, UN PSICOANALISTA
Erik Porge
Trad. De Antonio Milán
Síntesis
Madrid, 2001
352 págs, $ 18

Para el bolsillo del analista

POR JORGE PINEDO

Como la *Divina Comedia*, el psicoanálisis se practica en lengua vulgar. A diferencia de la obra del Dante, la ciencia de lo inconsciente, en tanto tal, sostiene su sistemática y rigurosidad en el desarrollo de un lenguaje conceptual propio, en la revisión de un *corpus* teórico y en la contrastación personal con esa misma *praxis* a la que se someten sus practicantes. Sorprende a medias, entonces, cómo se le demanda al psicoanálisis que exprese sus hallazgos y pareceres de un modo llano, simple, accesible, en fin, para todo público. A ningún alfabetizado se le atrevesaría la idea de exigirles a la física cuántica, a las matemáticas difusas, a la biología molecular, aun a la semiótica o a la gramática generativa que expliquen sus fundamentos y argumentaciones al modo en cómo lo pretendía aquel abogado del film *Filadelfia*: para un niño de cinco años.

Que se practique terapéuticamente en el habla cotidiana (como la medicina, la pedagogía, la política o la religión) puede ser una de las razones del despropósito de la demanda. Otra, que el variopinto mundillo "psi" haya, precisamente, intentado dar respuesta a tamaña petición. Convirtiéndose, de paso, en la ideología justificatoria de la época. Quien nunca jamás se plegó a tal corriente del *fashion* cultural fue Jaques Lacan, que incluso denunció esos y otros reduccionismos. A veinte años de su muerte no son pocos los que, imbuidos en cierto snobismo, hicieron de los textos remanentes de su prédica un glosario al que se rinde culto a la manera de las *Sagradas Escrituras*. Mediante la referencia fuera de contexto, la repetición de la oración y la institución del dogma, la enseñanza lacaniana padece los avatares de la más ramplona tilinguería.

Con los dedos de una mano se pueden contar los que han desenvuelto una lectura crítica, integral y seria del conjunto de la obra de Jaques Lacan. Oscar Masotta fue uno de ellos y, guste o no, Jaques-Alain Miller, Colette Soler, Jorge Jinkis y Erik Porge suman su trayectoria.

Apartado de las corrientes "oficiales" del lacanismo, Porge propone el recorrido de una enseñanza –como reza el subtítulo– sin mayores pretensiones que el mismo enunciado. Nada más ni nada menos. Sin ningún riesgo de transformarse en el "Libro Gordo de Petete de Lacan", el ensayo de Porge no es apto para quien aborde por vez primera el pensamiento del autor del *Seminario* y los *Escritos*. Lejos de suplir los textos fundadores, a ellos remite; con una prolijidad tal que hilvana los conceptos por encima de las cronologías y los índices temáticos, sin descuidarlos. *Jaques Lacan, un psicoanalista* se convierte entonces en un sistema de articulaciones cruzadas indispensable en la consulta y la referencia que, a la vez, descomprime de prejuicios un *corpus* teórico no menos adusto que flexible. Sistematizado en cinco grandes capítulos, comprende el Lacan "clínico", los registros (real, simbólico, imaginario y los nombres del padre), las "invenciones" lacanianas (objeto a, tiempos lógicos, etc.), la transferencia y el fin de análisis, finalmente la andadura histórica en la comunidad psicoanalítica y en la cultura. Esfuerzo singular para inducir un necesario "retorno a Lacan", privilegia el rigor científico por encima del palabrerío fastuoso, el concepto sobre la erudición vacua, las fuentes más allá de la reverencia religiosa.

Paso, paso, paso, se viene el deleuzaso



CONTRAPODER UNA INTRODUCCIÓN
Ediciones de Mano en Mano
Buenos Aires, 2001
192 págs., $14

POR JOAQUÍN MIRKIN

Uno de los efectos tal vez menos esperados –pero sin dudas el más aglutinador– de los atentados del 11 de setiembre ha sido la neutralización momentánea de la protesta en contra del neoliberalismo y el orden internacional. Más allá de la invasión a Afganistán (uno de los países más pobres de la tierra), la conformación de un nuevo gobierno y el deseo de extender la guerra a otros Estados "parias", el logro de Estados Unidos se desprende del hecho de haber dividido las aguas en dos, sin que (prácticamente) nadie pataleara: "o se está con nosotros o se está con los terroristas". ¿Dónde entran, entonces, aquellas voces de protesta plasmadas en un sinnúmero de actores políticos y sociales que parecían estar agrietando lentamente el bloque de cemento construido por el orden internacional de los años noventa?

Seguro de sí mismo –luego de la implosión soviética y la capitulación socialdemócrata– y orgulloso de su preeminencia ideológica y mediática y de su "control" sobre las sucesivas crisis financieras internacionales (México, Rusia, países asiáticos), el orden internacional ha sido sordo y negligente frente a las voces –hasta hace poco escasas– que advertían sobre la persistencia de riesgos de todo tipo provocados por la globalización. Más aún en la actualidad cuando, luego de los atentados, cualquier protesta en contra del statu quo puede ser interpretada por los norteamericanos como "un serio peligro para el interés nacional". De este modo se ha profundizado la unipolaridad estadounidense, al contrario de lo que se creyó en un comienzo, y poco ha cambiado el panorama estratégico internacional.

Más al sur, y muy lejos de los conflictos bélicos, el mejor alumno (durante casi una década) del FMI y el Banco Mundial está experimentando uno de los mayores levantamientos sociales de su historia, que llevó a la renuncia al Plenipotenciario Psicótico de Economía y al mismísimo Presidente de la Nación. Se trata de una insurrección de nuevo tipo, en la que participaron todos los argentinos, y que demuestra el enorme poder situacional de la acción política de la gente en las calles, en este caso sin un autor definido, sino protagonizado por una verdadera multitud. Esta acción popular mostró características novedosas que –junto a otras– requieren volver a pensar al hecho político de otra manera.

Contrapoder. Una introducción –editado por el Colectivo Situaciones (Verónica Gago, Diego Sztulwark, Edgardo y Natalia Fontana, Mario Santucho y Sebastián Scolnik) y con ensayos de Toni Negri, John Holloway, Luis Mattini, Miguel Benasayag, Horacio González y Ulrich Brand– es una lúcida y estimulante introducción de estos nuevos modos de acción de la política, que "ya no pasan más por los canales de la política tradicional". El libro "no pretende dar cuenta de una teoría o de un conjunto de recetas, sino que busca producir lecturas internas de las luchas"; lo contrario de la "elaboración de un programa o un esquema que encasilla y satura las prácticas políticas".

Las discusiones sobre la contraofensiva popular que se vienen desarrollando apenas comenzado el nuevo milenio "no reconocen fronteras, en todas partes surgen experiencias, ideas, encuentros, que van dando lugar a nuevas perspectivas para entender y acompañar estas luchas". También es cierto que estas discusiones no han cobrado aún en nuestro país la visibilidad que merecen, al menos hasta el estallido social vividodurante las últimas semanas. Por este motivo *Contrapoder. Una introducción* es un exitoso intento para pensar la emergencia de este tipo de movimientos, y por ello posee una gran utilidad.

En la primera parte del libro se presentan cuatro trabajos inéditos: uno del Colectivo Situaciones ("Por una política más allá de la política"), otro del psiquiatra y filósofo franco-argentino Miguel Benasayag sobre los "Fundamentos para una meta economía", más un ensayo del economista marxista y teórico del zapatismo John Holloway acerca de las "Doce tesis sobre el antipoder". Asimismo, se incluye en la primera parte un trabajo del célebre filósofo italiano Toni Negri sobre el Contrapoder.

En el segundo apartado (*Por una Filosofía de la Praxis*), hay una excelente entrevista que el Colectivo Situaciones hizo a Toni Negri en su casa de Roma en Trastevere –donde vive bajo arresto domiciliario–, en la cual se analiza el recorrido teórico del pensador, además de la situación mundial, su historia personal, Gramsci, Marx, la Escuela de Frankfurt, la política y la historia italiana. También se incluyen un interesante comentario sobre la entrevista a Negri realizada por el ensayista Horacio González y un breve ensayo de Luis Mattini sobre las transformaciones "de las mismas formas productivas en el mismo modo de producción" (Sujeto y trabajo). Por último, el joven teórico alemán Ulrich Brand analiza y critica los libros *Imperio* de Negri-Hardt y *No logo* de Naomí Klein en "Las nociones de imperio y obrero social".

Como puede observarse, hay aquí varias tradiciones políticas de izquierda y encuadres teóricos que se diferencian entre sí. Quizás lo más interesante sea la renovación de ideas que puede leerse en estas páginas, y que parecen poner las esperanzas en los zapatistas en México, en el Movimiento de los Sin Tierra en Brasil, en los piqueteros y desocupados de la Argentina y en la resistencia de los movimientos antiglobalización. En definitiva, en cada uno de esos lugares de resistencia situacional concreta de afirmación de las libertades visto probablemente como algo micro pero con una fuerte potencia de expansión hacia lo macropolítico.

De hecho, para estos autores, "el contrapoder es cada vez más visible. Las luchas políticas por la dignidad y la justicia no se han agotado: el mundo, todo, comienza a ser cuestionado y reinventado nuevamente". No se trata de proponer un "modelo de sociedad alternativa", o una guía para la unificación de las luchas, y en ello reside su gran originalidad: la política ya no pasa más por la política, es decir por la toma del poder estatal. El acto político de los actores reivindicados en el libro –y ahora también con la movilización social argentina– ya no pasa por "la liberación como un lugar al que deba que arribarse, sino que constituye la oposición a la tristeza, a la impotencia, y al estado de aburrimiento reinante en la sociedad". Como decía, en definitiva, Gilles Deleuze: "La emancipación consiste en producir la resistencia como creación, el ejercicio de una producción contracultural, de una subjetividad alternativa, de nuevas imágenes del deseo y de la felicidad, en fin, de nuevos modos de vida".

LOS EXPEDIENTES X

Extraños episodios de la vida literaria

Le dije a Nacho Iraola: "Mirá que este año no me van a pagar viáticos ni a palos. Y yo estoy completamente acorralada. Ni para sapolán tengo. Y la tarjeta de crédito la destrocé en diciembre en Emporio Armani". Igual, él se empeñó en volver a armar ese ciclo divino de escritores por las playas. "Historias de escritores", organizado por la editorial Planeta, empezó con muchísima gente (mil personas en Mar del Plata y quinientas en Pinamar). Marcos Aguinis estaba exultante. Sergio De Loof se acercó a regalarle una de las mallas tejidas al crochet que está produciendo. Los asistentes no paraban de pedirle secretos de supervivencia. En cualquier momento lo proponen para santo. Aunque creo que para eso debería estar muerto y Dios me libre de querer yo implicarme en semejante proceso.

Igual, aunque no me inviten como otros años, le publico la gacetilla a Nacho porque, hoy por hoy, hay que cuidar la fuente alimentaria y quién sabe cuándo tendré que salir a mendigar un plato de lentejas. ¡Qué tristeza todo, ¿no? "Lo fuerte", me dijo Nacho, "es que tanto en Mar del Plata como en Pinamar esta temporada no hay nadie y los que están, están con la cabeza en otra cosa". De ahí el entusiasmo de Nacho ante semejante multitud. Como es gratis...

Las reuniones son los jueves en el Sheraton Hotel de Mar del Plata y los viernes en el Hotel del Bosque de Pinamar, según el siguiente calendario:

17 y 18 de enero: Joaquín Morales Solá; 24 y 25 de enero: Martín Caparrós; 31 de enero y 1º de febrero: Jaime Barylko; 7 y 8 de febrero: Pacho O'Donnell; 14 y 15 de febrero: Eduardo Mignogna; 21 y 22 de febrero: Osvaldo Bayer; 28 de febrero y 1º de marzo: Santiago Kovadloff.

Además, este año también habrá reuniones en Punta del Este, donde la gente será más linda pero, como es más rica, es más bruta. O sea que a lo mejor no tienen tanto éxito. En el Centro Cultural Pueblo Blanco (avenida De los Médanos con Pedragosa Sierra) el sábado 12 va a estar Pacho O'Donnell, el miércoles 16, Jaime Barylko; el sábado 19, Mariano Grondona; y el sábado 26, Marcos Aguinis.

Qué suerte que tienen algunos que pueden mezclar trabajo con vacaciones. Yo este año me tendré que conformar con ir al Tigre, si mi amiga Perla me invita, porque ya ni a Teresita Anchorena ni a Darío les puedo pedir nada. ¿Y si me hago manzanera?

MARITA CHAMBERS



Tenedor libre

Cinco libros de poemas, cuatro de ellos de autores nativos, acaba de lanzar la editorial bahiense Vox, confirmando su lugar central (y el de la Fundación Senda, que la sustenta) en el panorama de la poesía argentina contemporánea.

POR DELFINA MUSCHIETTI

Bahía Blanca ataca. Con poesía de la mejor. Ediciones Vox acaba de publicar cinco libros que son una interesante y valiosa muestra de lo que se está produciendo allí, en esa ciudad que poco a poco ha ido convirtiéndose en uno de los centros poéticos más activos del país junto a Córdoba, a Rosario, a la red patagónica. Vemos así un fenómeno inusitado que el esplendor de la poesía hace posible hoy: que poetas de Buenos Aires también se acerquen a esos centros para publicar en las nuevas pequeñas editoriales independientes del interior. Alción en Córdoba, Revuelto Magallanes en Patagonia, Vox en Bahía Blanca son operadores poéticos que descentralizan y dan una mayor vitalidad a este fenómeno estético que es hoy la poesía: una enorme producción, una alta calidad, un gran red de intercambio.

Marcelo Díaz, Roberta Iannamico, Mario Ortiz, Laura Wittner y Sergio Raimondi publican estos libros de poesía (en algunos casos, como el de Raimondi, se trata de una *opera prima*) con el discutido (y todavía no cobrado en la mayoría de los casos) subsidio de la Secretaría de Cultura de la Nación o de la Fundación Antorchas, y bajo la atenta y dedicada supervisión de Gustavo López, editor de la revista *Vox*. Dando muestra acabada de amplitud en el criterio estético-poético, la edición se abre a la diversidad de escrituras que se producen entre los jóvenes poetas de Bahía Blanca y Buenos Aires (Laura Wittner es la "extranjera" de Buenos Aires en este conjunto). Se mantiene como índice común la calidad de la propuesta en los textos y en los libros, en cuanto objetos, pequeñas máquinas de arte. Unas pocas palabras, entonces, para cada uno de ellos.

Marcelo Díaz, con su *Diesel 6002* hace realidad extrema esa noción de *máquina de arte*. Escrito a partir de una increíble noticia aparecida en los medios gráficos y televisivos (una mujer encerrada en el hospital psiquiátrico Moyano se escapa para robar una locomotora y llegar hasta su ex novio, y luego es reducida por un cabo de la policía), este libro es un enloquecido armado de poemas tomando como sus palabras cada una de las leídas y escuchadas en los medios. Cada poema da vueltas y vueltas con las mismas palabras colocadas y recolocadas en forma manierista en diferentes posiciones sintácticas y rítmicas, de modo que leemos esa conmovedora historia con las palabras usadas por Crónica TV o la sección policiales de *Clarín*, pero recompuestas de tal manera que suenan en nuestros oídos como los mejores sonetos de amor de Quevedo. Así las palabras más nuevas o usuales se vuelven antiguas, suenan a construcciones barrocas del siglo XVII, y al mismo tiempo, y de allí la maestría, el soneto se quiebra, el endecasílabo se vuelve popular octosílabo y aparece "la grasa de quien ama". Quevedo se hace tango "sentimental" y las palabras dobles o triples. "Terminal" huele a tren y a enfermedad; "aminora" es reducir la velocidad y volverse menos, menor, poca cosa o lugar de grandes cambios, como quería Deleuze. En fin, una forma sumamente original y al mismo tiempo conmovedora de lograr esa meta tan fuerte hoy entre ciertos jóvenes poetas: arrasar con la diferencia entre "baja" y "alta literatura", arrasar y hacer vibrar la máquina con un voltaje estético insospechado.

Cuadernos de Lengua y Literatura de Mario Ortiz es un libro raro. Detrás de ese título de rasa escolaridad se abre una escritura que experimenta con diferentes registros y tonos. Parece no dejar nada afuera: ni "la farolera tropezó" ni el *Ulises* de Joyce, ni el Pegaso ni las escenas de la más cruda realidad. Todo mezclado en la misma bolsa, materiales de construcción amalgamados con un sarcástico humor muchas veces de tintes negros, produce un efecto desacomodante, y resulta siempre una experiencia valiosa en la busca de nuevos perfiles estéticos.

La apuesta de Sergio Raimondi es diferente. Desde la base de sus traducciones de Catulo y Williams Carlos Williams, su lengua combina un ritmo de musicalidad clásica con un registro coloquial o periodístico o de crónica o ensayístico que parece fluir naturalmente en largas tiradas de versos escandidos con regularidad casi monótona. No es un libro de efectos fáciles: uno debe dejarse llevar, perderse en esa monotonía para entrar enuna disparidad de ejes temáticos: historia argentina, economía, lecturas, fotografías populares o políticas, minirrelatos, *ars* poética. Y, otra vez, hay que dejarse llevar porque la melodía clásica y monótona ejerce sobre esos materiales una extraña disonancia que los vuelve paradójicamente nuevos, objetos raros que nos hacen pensar y ver el estado de las cosas de manera diferente.

Casi transparencia ascética en *Las últimas mudanzas* de Laura Wittner. Hay un personaje raro, misterioso, allí: la voz que habla se sustrae detrás de una mirada objetiva de tercera persona o aparece íntima en ese diálogo consigo misma. Un vos ("mirá", "vení", "oís", "hacés", "tenés") que, a pesar de la dureza de esa inflexión verbal, se lee sin tropiezos ni torpeza. Aparece, en cambio, insertado "en el fluir del mundo" como el marido de Elizabeth Taylor en el poema "Una foto": inmediato, melodioso. Una segunda voz duplicada, una *yo* vista en el espejo o vuelta personaje amiga en lejanas ciudades, o vecino-otro cotidiano, mirado. Voces y figuras dentro de una voz misteriosa y mutante, entonces, pero no dramática, escribiéndose casi sin darse cuenta. Sola allí, en esa ascética complejidad de lo "objetivo", presentando escenas aquí y allá, con esa lentitud del instante y de la percepción que se amplía horadando lo cotidiano, lo "real". Como esa pregunta distendida que se expande en el poema "El error": "¿Y qué es ahí donde claramente/ dice Parrilla Tenedor Libre?".

Roberta Iannamico escribe en *El collar de fideos* poemas breves y tersos, de esos que algún crítico de los años ochenta quiso encasillar como la escritura de la poesía de las mujeres: íntima, de ámbito doméstico, de sondeo sobre la subjetividad "femenina". Pero la etiqueta se resquebraja porque "algo se movió/ por debajo de la hiedra". Algo avanza y amenaza detrás de la superficie aparentemente lisa de lo doméstico, detrás del "tendal de ropa" al viento hay un tigre a descubrir entre las flores, en el rostro de la madre, en la repetición que insiste en instalarse, como lo siniestro de Freud. Las mujeres condenadas a repetir, a replicar-se. "Todas las madres/ guardan la memoria de la primera/ mi bisabuela se suicidó/ cuando mi abuela tenía/ siete años." Esta multiplicidad va y viene en la escritura de Iannamico, plegando lo aparentemente simple. La mirada va desde un presente (por ejemplo, de la percepción adulta) desenvolviéndose lentamente hasta el pasado de la infancia para responder desde allí de una manera diferente a la doxa de lo infantil, para dar vuelta aquellos cuentos que todo lo solucionaban mágicamente con el beso final: y todo ello en un mínimo poema de versos breves. Una filigrana, entonces, en la apariencia de lo fácil, hace de esta poesía casi minimalista una lectura dinámica, diversa, amplificadora.

Diferentes propuestas estéticas en estos cinco libros pero el mismo nivel de calidad que exhiben la vigencia de la poesía hoy: una máquina que vuelve inagotables las posibilidades del lenguaje, de la experiencia. Desde una propuesta estética o desde la otra, estos poemas nunca son cómodos y resultan muchas veces difíciles de asir. Pero "suenan bien": por allí hay que seguir, una vía que siempre nos conviene explorar hasta llegar a su orilla más lejana, más allá de lo claramente inteligible, para escuchar esa otra voz que dice la poesía. ♣